

AÑO

1923

Mayo

5

Sábado

será la fecha memorable en que por vez primera verá la luz, la revista que será la predilecta de todo buen amante de la cinematografía:

CRI - CRI
CINEMATOGRAFICO

PRECIO

50 cts.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 24

25 cts.



LA
DESCONOCIDA

por
María Jacobini
Filmoteca

de Catalunya



Le interesa leer el interior
de la cubierta posterior

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XXIV

LA DESCONOCIDA

Película dramática en cuatro partes interpretada por la simpática y genial actriz

MARIA JACOBINI

Programa Verdaguer

Caía la tarde, se echaba encima la noche, y la Tierra se envolvía paulatinamente en un misterio conmovedor...

Soplaba el aire; las hojas agitaban sus esqueléticas formas en las ramas de los árboles... Sólo se oía el murmullo del viento y los lamentos de las frondas...

Tristeza, melancolía, miedo, ganas de llorar, sueños, muchos sueños...

Hora de recogimiento junto al fuego del hogar, con los seres queridos... Hora dulce para los amores... Pero ¡ay! también hora triste para los desesperados.

Maltratada por el destino adverso y alentando en su corazón la esperanza de días mejores, María, tierna y hermosa joven, abandonaba los lugares amados que la vieron nacer.

Con un pavor indescriptible, la fugitiva corría por la carretera del pueblo; su sola esperanza y único deseo eran alcanzar la estación. Penosamente consiguió sus propósitos, logrando llegar á ésta sin que nadie la reconociera en camino. A la vista del tren, desaparecieron todos sus escrúpulos de no subir en él por no disponer de dinero suficiente para el viaje, y, dominada por la atracción que ejercía en su espíritu la ciudad, esperó á que la máquina gigante se pusiera en marcha y, así que ésta lo hizo, saltó al estribo de un vagón y con valentía de hombre arriesgado, María se jugó la vida por viajar sin billete. Dentro del vagón, tuvo que esquivar la presencia del revisor, consiguiéndolo, así como en la estación de la capital tuvo que aprovechar la aglomeración de viajeros para pasar la verja sin que nadie la molestase.

Cuando pisó el suelo de la urbe, María sintióse emocionada. El contacto de sus pies, que jamás conocieron otro piso que aquellos lugares lejanos de los que había huído, fué como una sensación de frío en el cuerpo y en el alma que la hizo detenerse en mitad del arroyo. ¿Adónde iba? ¿Sabría ella, como las demás gentes que desfilaban por su lado, abrirse paso en esa vida bulliciosa que contrastaba con la monotonía del campo? ¡Porqué no, si tenía un protector en quién confiar! Acababa de acordarse que tenía un amigo en la ciudad; sí, un buen amigo, un periodista que se firmaba «El Monje Renato». Siempre llevaba María consigo el recorte de periódico que hablaba de su amigo. Dicho escrito decía lo siguiente:

CORREO DEL MONJE RENATO

El viejo y bondadoso Monje responde á todas

las preguntas de sus bellas lectoras sobre cualquier tema que éstas sean. Consultadle todos los problemas de la vida.

También guardaba cuidadosamente María las cartas recibidas del tal monje, cuya última estaba redactada en estos términos:

“Mi querida provinciana:

Los achaques de mi avanzada edad no me permiten moverme de la ciudad. Si decide usted venir no olvide visitarme en la redacción de “EL TIEMPO”. Se lo agradecerá.

EL MONJE RENATO“.

¿Cómo, pues, no acudir á él en demanda de apoyo para encontrar un empleo? Decididamente no podía despreciar semejante oportunidad. De consiguiendo, resuelta á ello, María se encaminó hacia las señas indicadas, en cuyo buen camino fué puesta por unos enamorados que, entregados á su delicioso flirt, se vieron interrumpidos por la ingénuo joven.

Después de rodar más de lo debido, María supo encontrar la redacción que buscaba. Entró, preguntó al conserje por el periodista que se firmaba EL MONJE RENATO y obtuvo esta respuesta harto correcta, aunque llena de malicia:

—La redacción está cerrada... ya ha salido todo el personal.

—Ah—dijo María—naturalmente, á su edad ese señor debe retirarse temprano.

—Le he dicho que ha salido todo el mundo... no queda nadie ahí dentro. Pero le voy á decir á usted lo que la interesa. Renato, el Monje vive en la pensión para familias de la calle de la Esperanza número 13... Pregunte por el señor Valtieri.

—Muchas gracias... es usted muy amable...

Voy á ver si doy con esa calle... Muy buenas...

Otra vez en la calle, María reanudó su marcha en busca del indispensable áncora para navegar prevenida en el mar del mundo, para ella desconocido.

En la pensión, hacia la cual María dirigió sus pasos y pensamientos, dos excelentes camaradas, de regreso en sus habitaciones después de la cena, se complacían en molestarse mutuamente, jugando como chiquillos. Eran dos seres buenos, inteligentes y cuyo carácter, franco y jovial, los había unido en estrecho lazo de amistad. Sin embargo, también existía otro motivo de tan marcado afecto. Este era el siguiente: uno de los dos amigos ejercía cierta influencia moral sobre su compañero, por sus ideas femeninas. En una palabra, el uno era el admirador del otro y hasta cierto punto su más incondicional servidor. Y decimos hasta cierto punto porque no podía tolerar que su amigo abusase demasiado de su devoción, apropiándose todo lo suyo que le caía á mano... y en gracia. Por ejemplo, aquella tarde el «héroe» buscaba la manera de quitar á su «admirador» un paquete de dulces que, desde su encierro, despedían suave olor á coco... que ¡ay qué coco le daba su amigazo si no le dejaba comer uno sólo!

El propietario de los pasteles gritaba:

—¡Goloso... estos pasteles los guardo para obsequiar á una hermosa dama que no tardará en venir...!

—¡Ahl ¿Sí? ¿Consentirías que no los probase yo antes? No puedo permitirte... y toma... quita de ahí... te quitó dos y luego te diré si son buenos.

—Mira, chico, que me enfado. Deja eso don-

de estaba. ¿Me oyes?

—¡Que te crees tú eso...!

—Que los dejes ó te voy á hacer pagar caro ese hurto.

—No te han engañado, Consul, es coco... ya lo creo que es coco.

—Y tu eres un co... co...

—¿Qué?

—Cocodrilo... pero no te van á sentar bien esos pasteles porque...

—¡Oh, oh, oh, no saques el arma! Me voy...

Con un pastelito en cada mano salió de la habitación del admirador, el «héroe», volviendo á cerrarla, cuando se halló en la sala de espera, que es donde daba aquella.

El goloso seguía partiéndose de risa, procurando tratar los dulces como frágiles reliquias.

Alguien que acababa de llegar á la pensión contemplaba con asombro esa escena... y menuda fué la sorpresa que recibió el alegre joven al verse, al volver la cabeza, frente á una señorita. ¡Era María! Previas excusas cariñosas del pensionista, María le hizo esta pregunta:

—¿El señor Renato Valtieri?...

—¿Pregunta usted por Renato, el Monje?...

—Eso es, si señor. Vea usted la carta que escribió últimamente.

—¡Ahl Pase usted... por aquí. Veudrá al instante; esta es la habitación; siéntese un momento... habla usted con su secretario...

—Muchas gracias... y tanto gusto...

—El gusto ha sido mío, señorita. El Monje es un hombre muy original... pasa horas enteras sentado en su biblioteca... Ahora se halla en ella... pero iré á llamarle en seguida...

—Sentiré molestarle en este momento. ¡Debe

estudiar tanto ese señor para entender en asuntos tan diversos!

— Su visita le será ciertamente muy grata...

— Hace un año que sostengo correspondencia con él sin conocerle...

— ¡Ah! ¡Ya! Usted es una de sus lectoras... ¡Ejem! ¡Ejem! Dispénsese usted, señorita... son los dulces... le ofrezco á usted uno... porque me estoy comiendo el otro.

— No, gracias...

— ¿La molesta á usted mi galantería? ¡Bien se ve que desconoce la vida de la ciudad!

María no quería aceptar, pero el hombre la obligó á ello. Añadiremos que la amable insistencia de su interlocutor no había sido vana. Mientras María comía el dulce, él la dijo:

— También yo, como secretario del Monje, estoy enterado de sus cartas, señorita María... Precisamente el maestro las tiene aquí... ésta es una de las últimas: "*...es la tercera carta que le escribo en una semana, perdone tanta molestia... es usted mi único confidente...*"

¿No es así?... Aguarde usted un momento... Regreso volando...

El «héroe» volvió á la habitación de su amigo, que daba los últimos toques á su «toilette» y, presentándosele como arrepentido de haber reducido el número de dulces del paquete, pudo, á traición, desde luego, arrebatárle el paquete entero, llevandoselo á María para que se los comiera.

El admirador, hecho una furia, gesticuló, profirió amenazas, pero todo fué vano: el paquete había desaparecido. No le quedaba otro remedio que vestirse rápidamente é ir á comprar otra libra de pasteles. María agradeció mucho la atención del secretario de su pro-

ductor y desde este momento la conversación se animaba entre ambos. Mas algo la interrumpió. Fué la voz del «admirador» del «héroe» que, desde la habitación contigua que ocupaba, oyó rumor de voces, miró por la cerradura, vió como su amigo cedía unos dulces á María, comprendió la audacia de éste, tuvo deseos de ser presentado, y llamó:

— ¡Renato!

Se hizo el silencio.

La voz insistió:

— ¡Señor Renato Valtier!

María palideció. El «héroe», ¡era el mismo Renato el Monje!

El entrometido, en vista de que nadie le contestaba, empujó la puerta de comunicación de las dos habitaciones y apareció ante María y Renato dándose tono con esta exclamación:

— Me figuraba que te habías vuelto sordo como si efectivamente fueses tan viejo como lo suponen tus lectoras...

Por si María dudaba de lo que había oído antes, esta última frase venía á confirmarle que en realidad Renato era el hombre que se hacía pasar por su secretario.

Desenmascarado, Renato presentó su amigo á María:

— Permita que le presente al más indiscreto de mis amigos, Jorge Grandi...

Este, adoptando un aire de importancia, manifestó á la joven:

— Un admirador más de su belleza... Perdona que haya descubierto el secreto de la personalidad de Renato, el Monje.

El periodista, confesó á María:

— Traté de ocultarle mi nombre... Renato, el Monje está hablando con usted.

María, de pie, intranquila, considerándose en lugar improcedente en la habitación de aquel joven, dijo á Renato, entre amagos de sollozos:

—Escapé de mi casa, me encuentro sola; confiaba en usted y ahora resulta que usted no es el viejo consejero en quien yo deposité mi única esperanza...

Jorge, (que al igual que á Renato «héroe» no llamaremos más «admirador» porque ya conocemos su verdadero nombre) Jorge, decíamos, sintiendo mucho su «plancha», se retiró á su habitación pegándose mamporros á la cabeza.

Renato, compadecido de María, la aconsejó:

—Créame, debe usted regresar á su casa... Ha obrado con demasiada precipitación...

Mas ella, recordando su vida anterior, contestóle:

—¡Imposible!... Prefiero darme la muerte antes que entregarme á mis verdugos...

—Serénese usted, amiga mía...

—Déjeme marchar...

—Pero, señorita...

—Déjeme, déjeme libre el paso...

—No... no puedo permitir que usted, sin recursos, pase la noche á la intemperie...

—Quiero salir de aquí...

—¿Tanto miedo la doy que prefiere vagar á la ventura, antes que aceptar mi leal hospitalidad...?

—Yo creí...

—Quédese usted con entera confianza; yo pasaré la noche contemplando las estrellas en el balcón...

—¿Usted dormirá ahí fuera?

—Y usted aquí dentro; podrá encerrarse por dentro... y descansará usted con toda tranquilidad... Tome, utilice esta manta si no quiere

dormir en mi cama... En el diván no estará usted mal. ¿Aceptado?

—Me sabe mal por usted...

—Pues no se preocupe por mí... Seré feliz si acepta mi ayuda...

—Sea... y gracias.

—Buenas noches... Cierre usted el balcón. Ya ve usted, la noche está serena, la temperatura agradable... en fin, todo se reúne, por la obra de Dios, para recompensarme por haberla hecho aceptar á usted mi techo...

María, agradecida intimamente, se entregó, rendida como estaba, al sueño reparador.

Renato, soplando de frío, (había mentido para no inquietar á María) no podía pegar el ojo y se fumaba pipa tras pipa para entrar en calor.

Al amanecer.

María despertó; una buena serie de estornudos de Renato la hizo recordar donde estaba. Seguidamente abrió el balcón, y Renato entró en su habitación. Sonriéndole, María le dijo:

—Ha pillado usted un resfriado por mi culpa...

Renato disimuló cuanto pudo la molestia que le ocasionaba el cosquilleo irritante de la nariz y las continuas explosiones, y manifestó á María:

—Espero que desde hoy me tratará usted con menos prevención...

Ella, callando, otorgaba.

—Cuénteme su vida,—prosiguió Renato— ¿No es mejor que nos conozcamos á fondo?

—Le suplico que no me hable de mi pasado... se lo ruego...

La camarera traía el almuerzo. Antes de que penetrara en la habitación donde estaba con

María, Renato hizo entrar á ésta en la habitación de al lado, inconsciente en su precipitación, para que la sirvienta no hiciera conjeturas sobre su moralidad.

Jorge, que apenas levantado, se estaba desayunando en pijama, tuvo un susto padre y pasó mil apuros para cubrir sus «arrogantes formas».

María, comprendiendo su situación, optó por volverle la espalda á Jorge, haciendo lo cual aplicó su oreja á la cerradura de la puerta de las habitaciones de los dos amigos y pudo oír la orden que Renato daba á la camarera:

—Diga á la patrona que mande preparar una habitación próxima á la mía; la destino á mi prima que acaba de llegar de provincias...

Así que aquella se hubo marchado del cuarto, María salió de la habitación de Jorge, olvidándose de excusársele, lagrimeándole los ojos de gratitud hacia el noble Renato y, reunido de nuevo con él, le exclamó:

—Gracias por su interés, pero no sé cómo me las arreglaré para pagar la pensión.

—Yo me encargaré de buscarle á usted una ocupación.

Con esta confianza, y en vista de la simpatía que inconscientemente habíale cobrado á Renato, María devoró más bien que comió el almuerzo del periodista que, satisfecho de ello, y á pesar de su apetito, lo puso á la disposición de su protegida.

Mientras ella alimentaba su cuerpo, él, poeta, alimentaba su espíritu en la contemplación de la cándida y preciosa criatura.

Jorge, prendado de la ingenuidad de María—era un muchacho muy sensible—desayunándose trasladóse á la habitación de Renato y, en

vista de que ni éste ni María le hacían caso, es decir, no habían siquiera reparado en él, se engullía enteritos los inocentes y blandos bizcochos imaginándose que eran espinas, para producirse el efecto de que se mortificaba...

Y entre suspiro y suspiro y bizcocho y bizcocho, su imaginación pintó escenas de colorido tal que sus labios murmuraron, en una pausa, un fervoroso ruego á la Musa del Amor para que no lo abandonara...

*
**

Cumpliendo su promesa, unos días después Renato proporcionó á María una colocación: ésta consistía en servirle de secretaria.

En poco tiempo María demostró su habilidad como mecanógrafa y prestaba buenos servicios á su jefe. Este, complacido de su trabajo, no le regateaba los elogios sobre su inteligencia y su hermosura, cuya excelente impresión no dejaba tiempo á María de recordar su pasado.

Al igual que con Renato, Jorge hacía muy buenas migas con María, y siempre que le parecía bien se permitía bromear con ella. Así, por ejemplo, cierta mañana llamó con los nudillos á la puerta de la habitación de María en la que se hallaba ya Renato repasando unos trabajos de periodismo que había dado á copiar á su secretaria; fué autorizado á entrar, lo hizo y, risueño, entregó á María una nota, diciéndola:

—Mi amigo, el Cónsul de Colombia, me ruega que le copie este tratado secreto y yo le traspaso á usted el encargo...

El documento privado era sumamente comprometedor: se trataba de... ¡de la nota semanal de la lavandera! En total, 8 camisas, 7 ca-

misetas, 4 gorros de dormir y 7 pijamas.

María y Renato—que también leyó el tratado—se rieron un rato largo, no precisamente por la ocurrencia de Jorge sino porque, en efecto, resultaba un documento comprometedor toda vez que lo denunciaba como un solterón caprichoso que se cambiaba de ropa cada noche, mirándose al espejo para confirmarse cada vez que era un misterio insondable el que



El documento privado era en verdad comprometedor...

él, con la carita que Dios le había dado, no tuviese la fortuna de encontrar una novia ideal... como María, pongamos por caso.

Por si una aclaración fuese necesaria diremos que Jorge, además de mucha simpatía, sentía cierto cariño sincero por María, y se atrevía, en sus momentos de melancolía, á suponer, á figurarse, á abrigar la esperanza, á

asegurarse que ella quizás le quisiera también. Jorge tenía tales pensamientos porque sabía á María libre, ya que Renato, con suma caballerosidad, no había hablado nunca de amores á María, sin sentirlos, como hacía con otras mujeres, y que, de consiguiente, no había podido ilusionarla falsamente en perjuicio de los demás.

Así pues, esa mañana en cuestión, aprovechando la oportunidad de quedarse solo con María, porque Renato se había separado de ellos para proseguir un trabajo en su cuarto, Jorge, que había empezado á dictar la susodicha nota de la lavandera, la dijo:

—Dejemos el tratado secreto por aburrido, y para distraernos un momento voy á dictarle una carta amorosa...

—¡Ah! ¡Ya está el papel!...

—...¡María!...

—¿Qué?

—Es el principio...

—¡Ah!...

—...¿Puedo esperar un día su amor, hermosa María?

—¡Mire usted por donde sale!

—...¿Desprecia usted á un hombre tan arrogante como yo?

María, agradecida en el fondo de las muestras algo bruscas pero hechas con una franqueza admirable, y al objeto de que Jorge no continuase su declaración, le hizo leer esta respuesta:

—Es usted el mejor de los umigos, Jorge, y sólo como á tal le apreciaré siempre.

La decepción, aunque grande, podía equilibrarse con la seguridad de un afecto sincero.

La campanilla del comedor anunció á los

pensionistas la hora sagrada. Como corderos acudieron los interesados. Jorge y María fueron á recoger á Renato, quien, aferrado á su literatura, no se dió cuenta de su llegada hasta que, después de gastarle una broma, lanzando un grito agudo á tres pasos suyos para asustarle, escondiéndose, Jorge detrás de un cortinaje y María debajo del diván que la sirvió de cama una noche, hasta que Renato, decíamos, sorprendió á Jorge, que no podía estarse quieto en su escondite, tirándole de la oreja en castigo de haberle asustado; y luego á María que, para libertar el apéndice auricular de Jorge, presentóse como instigadora.

En el comedor todos los pensionistas se hallaban reunidos alrededor de la mesa, excepto los tres amigos. La casa de huéspedes podía compararse con una nación, pues, como ésta, tenía su Jefe supremo, sus partidos y cuestiones de orden interno. Veamos la composición del Gobierno y del pueblo:

La Soberana, (la patrona) única cabeza visible de aquel estado. (Señora de peso)

El Príncipe consorte, Jefe de la mesa y despensa.

La guardia de coraceros: La criada.

Guarda sellos mayor del Reino: el ama de llaves.

La aristocracia (venida á menos) La Marquesa de Manteret y su hija Eudalda.

El bolcheviquismo: un estudiante pobre y soñador.

La burguesía: el notario Berardi.

Los nuevos ricos: el comerciante Cherardi.

La esperanza de la Patria: unas criaturitas cosidas á la falda de la madre ó descansando sobre su regazo.

Etc... etc...

Por fin, Jorge, Renato y María se sentaron á la mesa. El patrono se quejó á Renato:

—Encontrará usted la sopa fría; le llamamos repetidas veces...

—Si, es verdad; nos entretuvimos conversando...

—Poco le importa que esté fría la sopa á un hombre de tan ardiente imaginación.—intervi-



...tirándole de una oreja... y luego á María...

no Jorge, dirigiéndose á todos.

Una pensionista, institutriz, preguntó á Jorge:

—¿Cómo va la novela?

—Termino ya el último capítulo.—contestó el aludido.

—Estamos en vísperas de mi gran triunfo...—añadió Jorge, atribuyéndose el anhelado éxito de su amigo.

El nuevo rico, interesado como todos á la



¡Ah, María! Me han rechazado la novela...

gloria de un compañero de pensión, y para no desperdiciar la ocasión que se le brindaba de demostrar su generosidad, anunció con voz de héroe:

—Pagaré dos cajones de champaña el día que salga su primera novela á la luz pública...

La noticia, acogida con risitas, fué agradable, pero todos deseaban que lo prometido, á pesar de ser espumoso, no fuera sólo *espuma* porque la *espuma* no se bebe. Por la noche.

—Debería usted descansar, Renato; el trabajo excesivo puede perjudicarle...

—He de acabar la novela, María; debo acabarla; ardo en deseos de saber cuál es el resultado de mi imaginación...

—Terminaremos mañana, obedézcame; piense en el pesar que me causaría si usted enfermase...

—La prometo que sólo trabajaré hasta...

—No, no, váyase en seguida á la cama... ¡Ah! Así no podrá trabajar esta noche.

—¿Ha cortado usted el hilo eléctrico?

—Sí... mañana lo arreglaremos...

—Pero... ¿y mis cuartillas?

—Me encargo de ponerlas en orden.

Renato tuvo que obedecer. María reunió las cuartillas de Renato y, sigilosamente, se las escondió en su pecho, retirándose acto seguido á su habitación desde cuya puerta oyó perfectamente como Renato se acostaba. Poco después, sacó las cuartillas de Renato, se sentó frente á la máquina de escribir, hojeó aquellas con dulzura y se dispuso á seguir copiando.

Inspirándose en la vida de María envuelta para él en el misterio, Renato concibió su primera novela que intitulaba «La Desconocida».

La noche entera pasó María poniendo en limpio las cuartillas de Renato. El amanecer la sorprendió dormitando sobre la máquina.

Renato bendijo la abnegación de María, no sin regañarla, sin embargo, por haber pasado la noche en vela.

Cuando hubieron terminado la novela, Jorge fué á buscar un coche para él, Renato y María, revolucionó á toda la pensión que salió á despedirlos, y los tres partieron hacia la casa del editor. María y Jorge volvieron á la pensión mientras Renato se quedaba en casa del editor leyendo su novela.

En opinión de Jorge, el éxito era seguro. Así pues, dirigió los preparativos de los pensionistas para celebrar el triunfo del compañero. El nuevo rico cumplió su promesa comprando champán. Se colocó encima de la mesa, en el puesto de honor que aquel día debía ocupar Renato, la siguiente dedicatoria:

«LOS COMPAÑEROS DE PENSION FELICITAN A RENATO VALTIERI POR EL ÉXITO DE SU NOVELA»

La impaciencia empezaba á apoderarse de todos. Jorge se dejaba contagiar por ese terrible mal. María, en su habitación, tenía una duda, una duda mortal. El nuevo rico, paseándose por el comedor donde los pensionistas comentaban la tardanza del novelista y hacían las más diversas conjeturas sobre ella, se lamentaba:

—Después de tanto dinero como he gastado en champaña, tendremos que suspender la fiesta...

En vista de que Renato no aparecía, el patrono opinó que no era lógico esperarle más. Y cenaron sin él, ni María... pues Jorge, para tran-

quilizar á sus compañeros de pensión se sentó á la mesa con ellos.

El corazón de María dió un salto en su pecho: había oído pasos en la habitación de Renato. ¿Sería él? Apresuradamente fué á comprobarlo. El era, en efecto. Pero ¿qué le ocurría? ¡Ah! ¡Lloraba! ¡Pobre Renato! ¡Pobre, pobre María!

Se le acercó dulcemente y, más dulcemente todavía, le pregunto:

—Renato ¿qué le sucede?

—¡Ah, María! Me han rechazado la novela... soy desconocido todavía en el mundo de las letras...

—¿Es posible, Renato?

—He perdido la única esperanza de triunfo...

—Eso no, Renato...

—No me quedan fuerzas para luchar... el engaño ha sido terrible...

—Sin embargo...

—...prefiero terminar de una vez con esta vida miserable...

—¡Por la Virgen, Renato!... No diga usted esas cosas... Valor, amigo mío...

—¿Valor, María? ¿Para qué?

—Usted vale; yo se lo aseguro: ¿qué le ha dicho el editor?

—Aquí está su carta; ni siquiera la había leído. Supongo lo que dice: cuatro palabras de pesar, y basta:

"Señor Renato Valtieri:

Sentimos tener que comunicarle que no encontramos en la trama de su novela suficiente interés para decidirnos á editarla, rogándole al mismo tiempo que advierta á su admiradora y secretaria que no utilice el margen de las cuartillas para estampar declaraciones amorosas".

Renato se enfureció al finalizar la lectura de la carta del editor y al comprobar que, conforme lo anunciaba éste, al margen de las cuartillas habían palabras de amor.

—Pero ¿quién me ha puesto en ridículo ante el editor? ¿Quién se ha atrevido á escribir en mis páginas?

María se azoró súbitamente, clavó sus ojos al sueño y su emoción hizo la revelación de su culpa.

Renato, adivinándolo, perplejo, la preguntó:

—¿Has sido tú?...

Ella seguía en su mutismo.

—Si, has sido tú... tu silencio me lo demuestra... ¿quién eres tú que te mezclas en mi vida y alteras su curso?...

Los ojos de María miraban los de Renato, mientras le contestaba:

—Jamás le revelaré mi pasado... Crea, si quiere, en mi amor, que es la única verdad de su vida...

Los corazones de dos seres que, viviendo el uno cerca del otro, estaban distanciados, se debatían vigorosamente en sus pechos por unirse en un supremo abrazo.

María, con dulces miradas, cual promesa de inefable ventura, estimulaba á Renato á que saliera de su asombro y la hablase.

El periodista, en un transporte de alegría producida por el pleno convencimiento de una dicha sin par con María, la manifestó, agradecido:

—He perdido tal vez mi gran oportunidad como escritor, pero he adquirido la certeza de que me amas... ¡María! ¡Mi bien!

—¿Pero es verdad que tú también me quieres?

—¡Desde que te conocí, amor mío!

—¿Serás mío para siempre?

—¡Sí... sólo tuyo!

Imaginándose, en su soledad, que no había otro testigo que Dios de la noble pasión encendida en la misma hoguera, se entregaron, acompañados por el rítmico latir de sus corazones, á elevar sus pensamientos hacia las alturas de la ilusión. Mas se conoce que Dios, no siendo de la opinión de que se le deje á uno solo en contemplación de ciertas escenas, hizo acudir á la agitada mente de Jorge una idea de curiosidad que le fué fácil contagiar á sus compañeros de pensión, que acababan de cenar: ir á ver desde la cerradura de su habitación qué estaba haciendo en ella Renato.

Sería hártó difícil precisar si Jorge se temía lo que ocurría, pero el caso fué que él miró el primero por el ojo de la cerradura sorprendiendo á los enamorados en el momento en que, aunque apagado, sonó el chasquido de un ósculo...

En el mismo orden que los había conducido hasta allí Jorge hizo regresar á sus respectivos puestos á los pensionistas.

* * *

Pasaron algunos días durante los cuales Renato y María vivieron dulces horas de amor, único encanto de la vida...

Cierta tarde, María recibió la siguiente carta, que, decididamente iba modificar el rumbo de las cosas:

"Hemos llegado. Un carruaje que te esperará frente al portal te conducirá á nuestro lado".

Como consecuencia de dicha carta, María escribió la siguiente á Renato, dejándosela sobre la máquina de escribir:

"Querido Renato:

Con gran pesar debo suplicarte que aplaces para otro día la fiesta de nuestro noviazgo que estaba fijada para esta noche.

María".

Cuando regresaron Renato y Jorge de hacer compras de pasteles, vinos y licores para fin de la cena de honor que les daban sus compañeros de pensión, la jaula donde cantaba alegremente el pájaro prisionero de Amor estaba vacía. La carta puso al corriente á Renato de la misteriosa y precipitada ausencia de María. Una visible tristeza se apoderó de todo el ser de Renato. Jorge, como buen camarada, participaba de ella. Pero ¿por qué ponerse así—se esforzaban ambos en pensar—sin conocer el verdadero motivo de la salida de María?

Sin embargo, no valieron razones. Los dos amigos, para evitar comentarios, se reunieron con sus compañeros á la hora de la cena, pero no consiguieron disimular su malhumor porque, al menor movimiento de cabeza veían una silla inocuada y un trozo de mantel... frío... desierto...

¡Ah, momentos son estos que nos revelan lo que representa el ser que se ama! ¡Cuántas veces ocurre que no se sabe apreciar lo bastante el justo valor de las personas y las cosas, hasta que esas cosas o personas nos llegan á faltar!

Aquella noche, Jorge durmió poco; Renato la pasó en vela, su cuerpo descansaba pero su espíritu no podía estarse quieto.

A la mañana siguiente María, observó en seguida que Renato estaba disgustado con ella y que, si bien él no tenía razón de enfadarse hasta el punto de evitar un cruce de mi-

radas ó un encuentro fortuito en la pensión, convino también en que si el hombre era celoso era porque la amaba. Y cuando se ama, todo se perdona.

Seguramente esta situación hubiera durado todo el día, ya que Renato seguía haciendo á María una cara de mil demonios y ella no podía, á pesar suyo, hacer las paces, porque Renato evitaba verla, de no suceder algo tan extraordinario como sorprendente.

Ello fué que Renato recibió este escrito del editor que había leído su novela «LA DESCONOCIDA», cuyo título lo había cambiado Renato por el de «EL PERFECTO AMOR», después de haber sido corregida y aumentada aquella, redactado en estos términos:

“Querido Sr. Valtieri: Una equivocación de mi secretaria me hizo devolverle el manuscrito de su novela, siendo así que yo había decidido publicarla.

Perdóneme y con súplica de que me lo mande cuanto antes, etc...”

Renato no creía lo que leyerá. ¿Qué significaba aquel cambio de parecer del editor? ¿Cómo habíase acordado de su novela ese acreditado editor? ¿Acaso, reflexionando y en la creencia de que el primer manuscrito había sido modificado en su trama, conforme él lo deseaba, percatóse el editor de que esa novela tendría éxito. No sabía que contestarse. En todo caso, su obra, «EL PERFECTO AMOR» recibiría las caricias del sol y el favor de las gentes.

El enfado de Renato con María se esfumó cual el vapor en el aire, presentándose aquí ante ella, como arrepentido de su desdén durante el resto del día. Ella le tendió sus bra-

zos y él se arrojó en ellos:

—¡María! ¡María! ¡Por fin he vencido! ¡Mi novela, nuestra novela aceptada!

Una vez más, pero esta vez de verdad, los pensionistas obsequiaron, en los primeros días de su publicación, con un banquete familiar al «héroe».

Jorge estaba tan contento como el mismo autor de la novela. ¡Como que casi se figuraba que la obra era suya!

Ahora María era completamente feliz al ver feliz á su amado. Este, delicadamente, la dedicó su novela, escribiendo al dorso de la portada del ejemplar que le destinaba:

“El editor y los lectores creen que soy yo el autor de la novela, pero la inspiración, si la hay en sus páginas, te la debo á tí.

“¡A este ejemplar uno la expresión de mi más ferviente amor!

Renato”.

Los periódicos se ocuparon de la novela en cuestión lanzando la noticia de haber sido agotados en dos días solamente todos los ejemplares.

En medio del cielo diáfano de su triunfo surgió una nube que anunciaba una terrible tormenta. ¡María no estaba en su habitación como él suponía! Casualmente Renato encontró un escrito que decía:

“Por fin el nido está construido y sólo espera tu visita. A las siete vendremos á esperarte á la puerta de la pensión y nos dirigiremos á la nueva calle de la Felicidad número 71. Recibe sinceras pruebas de afecto. Tiernamente tuyo.

Jorge tuvo que sostener á Renato pues el golpe que éste recibió fué tremendo.

—¡Ah!—exclamó, abatido, Renato—. Ahora

comprendo que he soñado con una felicidad que jamás debía haber ambicionado... Nunca quiso decirme una palabra de su pasado... y sin embargo yo deposité ciegame en ella la pasión más ardiente...

Jorge consultó su reloj á la par que miraba por la ventana hacia la calle. ¡Las siete! ¡Un coche esperaba! ¡En él subía María! ¡Sí, era ella!

Renato, avisado, vió esto.

Decidido á descubrir la misteriosa conducta de María. Renato, seguido de su fiel Jorge, salió en persecución del coche que partía en aquel preciso instante.

Del coche bajaron un hombre de cierta edad, que parecía ser rico, y dos mujeres, una de ellas María. Estos tres personajes entraron en una suntuosa casa.

Renato estaba desconcertado y sufría atrozmente no pudiendo soportar las lacerantes dudas que llenaban su espíritu, escaló el muro del jardín de la casa y penetró en el salón de la misma sorprendiendo á María y al acompañante en amoroso coloquio.

Trémulo de despecho, Renato dirigió estas palabras á María, pálida como una muerta, afectada por la inopinada llegada de Renato:

—Ahora comprendo tu conducta: este hombre es tu amigo... ¿Por qué no me confesaste la verdad en vez de jugar tan cruelmente con mi corazón?

El aludido, severo, le detuvo en sus reproches á María, diciéndole:

—Debería usted meditar sus palabras, joven... ofende usted inmerecidamente á María...

Ella también *había* de intervenir, y dijo:

—No puedo continuar viviendo si me crees culpable... es preciso que sepas la verdad...

por fin conocerás la historia de *la desconocida* que el destino ha puesto en tu camino.

—Habla, María... que yo sepa...

—Quedé huérfana cuando era una niña y me recogió una tia vieja y quisquillosa; mi hermana era mi compañera de infortunio. El único consuelo que teníamos mi hermana y yo era el apoyo de nuestro tío Próspero que, como nosotras sufría el terrible genio de nuestra tia. Cierta vez mi tia quiso imponerme por marido un hombre que no era de mi agrado. Yo me rebelé contra su voluntad, que era la de casarme dos meses después. Mi tia se puso hecha una fiera y me prometió que lo quisiera ó, no, el hombre que ella me escogiera se casaría conmigo. Al objeto de hacer entrar en razón á mi pretendiente incorrespondido, le escribí una carta diciéndole que en lugar de quererle le odiaba. Tenía motivo para odiarle pues era un hombre brutal, antipático y malquerido por todos aquellos que tenían o habían tenido tratos con él. Mi pretendiente no había hecho caso de mi carta y vino á mi encuentro por la carretera, al dia siguiente de haberla recibido. Me dijo, irónico, que él sería mi marido porque lo había dispuesto con mi tia. Antes de que viniera á hablarme yo conversé con un Labrador y su hijita, que se separaron de mí cuando le vieron. Por la noche supe que este Labrador había disparado su fusil contra mi pretendiente, matándole en el acto. Las gentes del pueblo, enteradas del suceso y de la existencia de una carta mia entre los papeles del asesinado, en la cual le hablaba de un odio terrible, supusieron que para no casarme con él lo había matado con la complicidad del Labrador, que era un desgraciado. Por poco me lynchan sin

compasión, considerándome despiadadamente como una vulgar criminal. Mi hermana me preparó un paquete de ropa, me dió un poco de dinero y pude, tras mil fatigas, llegar á esta ciudad.

Ahora mi tía ha fallecido, y mi buen tío, que es este señor, ha heredado toda su cuantiosa fortuna y ha venido á participar-me su riqueza.

Yo he querido prepararte este pequeño nido, que mi tío me cede en propiedad como regalo de boda, donde podremos vivir felices ya que al primer éxito de tu novela seguirán otros muchos.

Renato no sabía como excusarse por su torpeza. Amparóse en esta exclamación harto natural:

—¿Pero por qué no me dijiste todo esoantes? ¿Por qué no has querido nunca revelarme tu pasado?

—Sencillamente, mi querido Renato, porque me avergonzaba decirte que me suponían una delincuente.

El tío de María dijo que el labrador asesino había confesado que había cometido el crimen, porque el muerto era el amante de su mujer, y que, de consiguiente, toda la gente del pueblo sentía mucho el error en que había incurrido engañada por las apariencias.

La paz volvió en los dos corazones.

Jorge también volvió... al lado de Renato del que se separó desde el momento que este saltó la tapia. El quiso hacer lo mismo viniéndose al suelo y produciéndose una herida en la frente. La hermana de María, que casualmente había presenciado desde una ventana la caída de Jorge, acudió en su auxilio. El escozor del árnica y la tirantez del tafetán, se le aliviaron co-

mo por encanto al enterarse de la completa «identificación» de María.

*
**

Se celebró en la suntuosa mansión una «soirée» para festejar los esponsales de Renato y María. Asistieron á ella todos los pensionistas sin excepción.

El estudiante bolchevique aprovechaba el tiempo con la hija de la Marquesa de Manteret.



—Te amaba, Renato, te ví sufrir...

Su idea de ostentar el título de Marqués estaba completamente de acuerdo con las doctrinas comunistas: que uno es Marqués, pues otro también ha de serlo; que uno debe dinero... ¡pues que lo paguen!

Persiguiendo á la aristocrática y bella Eudalda el estudiante tropezó con un mueble, se agarró á una cortina que lo cubría, para no caer, y sin que pudiera remediarlo cayó del

mueble una lluvia de libros... de ejemplares de la novela «EL PERFECTO AMOR». La Marquesa y el bolchevique se quedaron pasmados porque Renato había alegado á todos los pensionistas que le solicitaron un ejemplar de su obra, que por el rápido é imprevisto agotamiento de la edición no le fué posible reservarse cierto número de ejemplares.

Inconsciente de las consecuencias de su acto, el bolchevique anunció lo que acababa de ver á sus compañeros y pronto una mirada de inteligencia fué cambiada entre todos. ¿Qué misterio era éste?

Renato, á quien el estudiante fué á hacerle un reproche porque teniendo tantos ejemplares como tenía no había querido darle uno solo cuando se lo pidió, sintió que sus piernas le flaqueaban cuando se vió frente á la montaña de libros. ¡Era la edición completa de su novela!

—Es inaudito—exclamó, violentamente resentido en su amor propio— soy un hombre célebre y sin embargo nadie ha leído mi novela.

María, temblorosa y suplicante le dijo:

—Te amaba, Renato, te ví sufrir porque te rechazaban la obra... mi tío ha conseguido que el editor aceptara tu novela y ha comprado la primera edición...

—Has sido egoísta: has querido, comprándome un poco de gloria, obtener mi alegría para tú no estar triste... Soy un hombre que hará reír á todo el mundo cuando esto se sepa... ¿Crees justa tu conducta?

Renato, estaba desesperado.

Jorge comprendía mejor que él la noble intención de María. La compra de la primera edición del libro había sido indudablemente

hecha con la intención de hacer una gran propaganda en los periódicos y provocar con ella una nueva edición, la cual sería puesta en venta.

Los pensionistas, se hallaban reunidos alrededor de la institutriz, admiradora de Renato, que leía la novela en voz alta. ¡Cuánto, cuánto amor se sentía en el libro!

Si ese amor tan grande que se filtraba por



... María era la mejor gloria que podía alcanzar...

todas las hojas del libro, asomándose al exterior para seguir respirando el perfume de la mujer amada, lo había inspirado María, ¿por qué Renato no la perdonaría por haber recuperado ella misma ese amor unido con el suyo?

Finalmente, Renato venció sus escrúpulos considerando que María era la mejor gloria

que podía alcanzar en la vida, puesto que en ella estaban reunidas las más sublimes ideas.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

PRÓXIMO NÚMERO:


La insuperable y emocionante novela-film

LA VERDAD DESNUDA

por la gran artista PINA MENJCHALLI

POSTAL-FOTOGRAFIA: **HESPERIA**

Sale todos los miércoles. Precio 25 cts.


E. Verdaguer Morera. — Topete, 16. — Tarrasa

Sábado 28 Abril

Número Extraordinario

Robin de los Bosques

La mejor y mayor producción cinematográfica conocida hasta la fecha. Cautivante argumento. Presentación insuperable. De ruidoso éxito en los cines de las más importantes capitales del mundo. Portentosa creación del artista mimado de todos los públicos


Douglas Fairbanks

Este número constará de 64 páginas con profusión de fotografías.

Postal - fotografía: **HESPERIA**

Precio increíble 50 cts.

No deje de adquirirlo el mismo

 **SÁBADO 28 ABRIL** 